

círculos concéntricos, por líneas paralelas á la vía férrea, que es la columna vertebral del nuevo organismo.

Como de un absurdo nacen otros por la lógica fundamental de las cosas, la ciudad moderna engendra las barriadas para obreros; como si dijéramos, almacenes de miseria, fábricas de odio y depósitos de toda suerte de ideas explosivas y de sentimientos peligrosos en el presente y para el porvenir.

En la ciudad lineal, merced á esta brusca transición de precios de los terrenos, ricos y pobres vivirán juntos, de conformidad con recientes altísimos consejos, pero no atados á una misma escalera y superpuestos; todos gozarán su parte de tierra y de sol, sin que sufra menoscabo la dignidad del ciudadano, que se afirma y robustece cuanto más aislado, independiente y libre es su hogar.

Regulado el precio de los terrenos por una línea de centenares de kilómetros, en vez de serlo por un punto central, quedan resueltos muchos problemas arduos y complejos, cuya enumeración no cabe en los límites estrechos de una conferencia. No resisto, sin embargo, á la tentación de citar uno sólo: el de la posibilidad de establecer paralelamente, y á corta distancia de la ciudad lineal, el coto redondo acasado con que soñaba D. Fermín Caballero, para el fomento de la población rural.

De trecho en trecho se dispondrán en la calle principal, cerca de los carriles, unas casetas ó kioscos, que prestarán multitud de servicios, como estaciones y locutorios del servicio telefónico; como salones de espera para los viajeros; centros de vigilancia para los agentes de la autoridad, para los demanderos y para los serenos; refugio de los operarios encargados de la recomposición y vigilancia de la vía; casa de socorro provisional en caso de accidentes; depósito y mercado de artículos de poco volumen; en suma, todos los servicios municipales ó de pública conveniencia, de carácter urgente.

Paralelamente á los carriles se abrirán dos zanjas á medio metro de profundidad, que contendrán los tubos y cables necesarios para la distribución de agua, luz, calor, fuerza y electricidad. De las tuberías centrales arrancarán otras, que rodearán las manzanas, y en estas tuberías se harán las tomas para cada casa.

Con las vías subterráneas de agua que hay conocidas en los pueblos que ha de recorrer el ferrocarril de circunvalación, pueden quedar satisfechas las necesidades de la nueva barriada durante algunos años. Más tarde, y al compás del incremento de la urbanización, será indis-

pensable y urgente lo que hoy no es más que conveniente y necesario, á saber, construir el canal del Jarama hasta Fuencarral y el canal del Guadarrama hasta Pozuelo, vertiendo ambos sus aguas en la tubería central de la ciudad lineal.

Estos canales, unidos á mi proyecto, y dando empleo lucrativo á un capital relativamente pequeño, pueden convertir á Madrid en muy pocos años en la población más sana, más hermosa, más confortable y barata del mundo. Entre tanto, será preciso tomar en Fuencarral, del Canal del Lozoya, el agua sobrante que Madrid no necesita, cosa fácil porque entonces ya no existirá el organismo dificultativo que hoy dirige el citado Canal, ese prodigio de administración que consiste en haber gastado los millones á centenares para obtener un provecho mezquino y un interés despreciable, cual máquina de vapor de 200 caballos que se emplease en sacar el tapón de una botella.

Por fortuna, la dirección y la administración del Canal de Isabel II están heridas ya de muerte desde que lanzó al presupuesto la feliz idea de su arriendo.

Cualquiera diría, al ver los áridos alrededores de Madrid, que aquí no es posible la vida de una gran población por falta de agua, cuando lo cierto es que con el Canal del Lozoya bien reconstruído y explotado, con los canales del Jarama y del Guadarrama, y con las vías de aguas que hay en Pozuelo, Villaverde, Canillas, Vicálvaro y Fuencarral, hay agua sobrada para una población de cuatro millones de habitantes.

La distribución del agua en la ciudad lineal será mucho más fácil y barata que en el Madrid viejo, sin dar lugar á hundimientos como el de la calle Ancha; el reconocimiento y recomposición de cañerías será sencillísimo también.

La dificultad en los primeros años se reduce á elevar el agua á 45 metros de altura y enviarla por medio de una cañería á 5 kilómetros de distancia como máximo. Posible es que haya quien niegue la posibilidad de este hecho tan sencillo y tan evidente, como no faltó hace años un ingeniero que se comprometía á beberse toda el agua del Lozoya que se trajese á Madrid.

Ahora me limito á decir que si en los Estados Unidos es posible transportar por medio de bombas y cañerías un líquido como el petróleo á la distancia de 713 kilómetros salvando alturas de 600 metros, no debe parecer á nadie sorprendente, ni maravilloso, ni imposible, el que yo pretenda llevar el agua á 5 kilómetros, desde el barrio de la

Concepción ó desde Fuencarral hasta Chamartín, pongo por caso, ó desde Vicálvaro á Vallecas, ó desde Villaverde á Carabanchel.

Lo que sucederá es que el coeficiente de resistencia al paso por la tubería aumente, que se gaste un poco más de carbón y que el coste por metro cúbico aumente también un céntimo, ó dos ó tres. Ni más ni menos.

Mientras haya quien pague este trabajo ¿por qué no se ha de hacer?

La canalización de los hilos para el alumbrado eléctrico y para el teléfono es tan sencilla y tan barata en la ciudad lineal, que permite poner al alcance de la fortuna modesta de un obrero estos prodigiosos adelantos.

La red telefónica será más perfecta, útil y barata que en el Madrid viejo. El tendido de los hilos será facilísimo; las comunicaciones no se interrumpirán por el viento y por el agua. El uso del teléfono, tan cómodo por activa y tan desagradable en ocasiones por pasiva, combinado con los servicios de los recaderos, que habrá en cada caseta día y noche, permitirá disminuir el número de criados, y en algún caso, prescindir de ellos por completo. La comunicación constante entre dos casas sin pasar por la central, que hoy es imposible, sería fácil y barata.

Todas las casas de cada manzana tendrán una campanilla eléctrica de llamada á la caseta más próxima para pedir auxilio, llamar á un recadero, pedir comunicación telefónica y multitud de servicios de varias clases.

La repartición de comestibles y otros artículos á domicilio puede hacerse circulando por el día entre los coches de viajeros un vagón para las mercancías y para los vendedores ó repartidores, cada media hora ó quince minutos, y copiando, si es preciso, el procedimiento que emplean en Sevilla para el transporte del pan desde Alcalá de los Panaderos, llevando en los vagones las caballerías cargadas.

Supongamos prolongada en una extensión de 55 kilómetros esta cinta de carriles, de casas, de jardines y de las tuberías de todas clases que se suponen, aunque no se ven, y podremos figurarnos lo que sería Madrid en forma de ciudad lineal, y lo que será Madrid nuevo dentro de cuatro ó seis años.

Veamos cómo vivirán juntos el Madrid nuevo y el viejo; cómo ambos aumentarán rápidamente en extensión, en población y en riqueza, y cuán fácilmente puede España ser la primera nación que dé á las demás la pauta de las ciudades higiénicas del porvenir.

El nuevo Madrid principiará siendo una barriada del antiguo, á la cual affuirán todos los elementos de éste que en él hallan más difícil la vida, merced á los coches movidos por la electricidad, que, saliendo de la Plaza de la Cibeles, y dando la vuelta al Retiro por las calles de la Lealtad y Alfonso XII, con la velocidad de 15 kilómetros por hora, continúen fuera del casco de la población con la velocidad de 24 á 30 kilómetros.

Por muy pequeña cantidad podrán tener una casa de dos pisos, en terreno de 20.000 pies, para descansar de la ruda labor de la semana, los comerciantes é industriales obligados á vivir en los tugurios del centro de la Villa, y las personas acaudaladas, para los casos de enfermedades y epidemias, y para la crianza de los hijos hasta la edad de los estudios; las personas de posición modesta que gusten de la vida sana del campo, sin renunciar á los goces y diversiones de Madrid, vivirían en casa propia ó alquilada de la nueva barriada, si desde las doce de la noche á las dos tuvieran la seguridad de hallar en la Plaza de la Cibeles un coche que en poco tiempo les lleve hasta la puerta de su casa; los empleados y pensionistas, jefes de taller y otras personas de limitados recursos, podrían venir por la mañana al centro de Madrid á sus oficinas, talleres y escritorios, y volver por la tarde á su hogar, al *home* inglés, que en Madrid no puede existir mientras no se haga lo que yo pretendo ó cosa parecida. Los establecimientos que en el Madrid en que vivimos son insalubres, aquí dejarían de serlo por el mero hecho de disfrutar de más aire y más luz. No sería, pues, sorprendente que á la nueva barriada se trasladaran poco á poco las casas de vacas, las tahonas, las cabrerías y otras casas parecidas.

Las diversiones del domingo de las clases trabajadoras tendrían allí su natural asiento, y podrían ser dirigidas y explotadas con un sentido de cultura que no se advierte en los aduares de los alrededores de Madrid.

Finalmente, Madrid llegaría á ser en muy pocos años más industrial y fabril que Barcelona; porque si hoy no se aprovecha de las excepcionales condiciones que para el establecimiento de muchas industrias brinda su posición central, es porque el camionaje y el transporte de géneros desde las estaciones de ferrocarriles á las fábricas encarecen los productos en términos de imposible competencia; mas si la vía férrea colocada en la ciudad lineal tiene el mismo ancho de la red general de ferrocarriles, y la enlazamos con el ferrocarril del Mediodía en Vallecas, con el de Ciudad Real en Villaverde y con el del Norte

en Pozuelo, y nos servimos de ella como tranvía durante el día, y como ferrocarril para el transporte de mercancías de dos á seis de la madrugada, fácil es comprender que, una fábrica construída en la nueva barriada, puede recibir directamente el carbón y las primeras materias, y expedir á cualquier punto de España el producto elaborado sin los gastos enormes de carga, descarga y camionaje. Por lo tanto, no es aventurado vaticinar que toda nueva industria que en Madrid se establezca lo hará al lado del ferrocarril de circunvalación, y que desde el momento en que sea posible establecer en Madrid nuevas industrias, como las de hilados y tejidos, por ejemplo, comenzará para la capital de la nación una era de prosperidad, que aumentará la población rapidísimamente; proporcionará inquilinos á las habitaciones desalquiladas del Madrid de hoy, porque el Madrid viejo se convertirá en algo parecido á la *Cité* de Londres; conjurará la crisis obrera por muchos años, y dando vida á las artes y á los oficios, al comercio y á las profesiones todas, será fuente abundante de bienestar general y seguro fiador de la paz pública.

Este cuadro de esperanzas no es un sueño irrealizable ni un ideal de los siglos venideros. Es una realidad venturosa que se acerca, que nacerá al colocar la primera piedra antes de tres meses, que se verá y se palpará en las viviendas que quedarán construídas antes de finalizar el corriente año, y que será consumada en poco tiempo si mi voz no clama en un desierto.

Desde el punto de vista utilitario, he de decir muy pocas palabras: las indispensables, y á mi parecer concluyentes.

Trátase de la explotación de una nueva vía férrea; y apoyado en una experiencia de catorce años, afirmo que sus resultados serán muy beneficiosos, y trataría de demostrarlo si alguien hubiese impugnado mis cálculos.

Me limito no más á indicar que todas las vías férreas prosperan, y si están muy mal administradas, por lo menos viven; que son negocios mejores que la explotación de una mina de oro, porque el valor de ésta disminuye constantemente, y los productos de los caminos de hierro aumentan sin cesar todos los años; que en los ferrocarriles la utilidad está en las mercancías, y en los tranvías en los viajeros; por tanto, el ideal de la vía férrea más productiva es precisamente la línea que yo trato de construir, que será las dos cosas á la vez: tranvía por el día y ferrocarril por la noche.

Trátase también de comprar y vender terrenos, en busca del enorme

beneficio que la urbanización produce, aun siendo incompleta y establecida en malas condiciones.

Cualquier parte de Madrid puede servir de ejemplo para demostrar que el plus-valor que adquieren los terrenos urbanizándolos es crecidísimo, exorbitante.

La huerta en que hoy está emplazada la estación del ferrocarril del Mediodía costó, pagándola á un precio entonces escandaloso, 35.000 duros. Hoy vale más de millón y medio de duros.

Los terrenos del Hipodromo, que costaron 500.000 duros, no valían 20.000 pocos años antes.

Otro tanto puede decirse cualquiera que sea el sitio de Madrid que se elija.

Por último, se trata de elevar agua á una altura menor de 50 metros en Canillas, Vicálvaro, Fuencarral, Villaverde y Pozuelo, y de distribuirla por las cañerías de que antes he hablado; y yo afirmo que la elevación del agua cuesta menos de 25 céntimos por metro cúbico, y que se puede vender por lo menos al precio á que se vende el agua en Barcelona, á 35 céntimos.

Pues si cada uno de estos tres asuntos es beneficioso de por sí y separadamente, juntos lo serán también.

No insisto en este aspecto de la cuestión; y si algo he dicho acerca de él, es por la imposibilidad absoluta de separar el espíritu de la materia en ninguna cosa del mundo, y porque las ideas no vienen á la vida bajo formas invisibles é intangibles, sino vestidas, con blusa ó con levita, con gorra de cuartel ó con boina, y en todos los tiempos y con todos los trajes, siempre vienen pidiendo dinero.

Para llevar á efecto mi propósito, y creyendo que un proyecto de ciudad higiénica interesaría á la sociedad de Arquitectos y á la sociedad de Higiene, á ellas me dirigí rogándoles me manifestaran su parecer y mi intención de publicarle, cualquiera que él fuese, adverso ó favorable.

Han transcurrido muchos meses y no he obtenido contestación.

Idéntico ruego he dirigido á otras muchas sociedades de Madrid, y únicamente se han dignado contestarme la Real Academia de Ciencias, en pro; la Sociedad Geográfica, en contra, y la Real Academia de Medicina....., ni en pro ni en contra.

Traté de obtener privilegio de invención, y en el Ministerio de Fomento se me dijo que mi sistema de urbanización no podía ser objeto de patente.

Siendo la base de mi sistema de urbanización el ferrocarril de circunvalación, único verdadera y exclusivamente provincial, creí que la Diputación lo subvencionaría como á otros que distan mucho de reunir los requisitos que el mío, y me equivoqué.

Juzgué que este asunto era de importancia suma para el Ayuntamiento de Madrid, y por lo visto no estoy en lo cierto.

Bien sé que todo el que intente hacer algo en España sin contar con los elementos de la política ó de la administración, va contra la corriente y se ahoga, y que el que no es personaje político influyente, no es nadie ni vale nada.

¡No lo he de saber, si durante veintinueve años he desempeñado los más humildes oficios de la política! carne de cañón varias veces; comensal de banquetes otras muchas; comparsa en todas las comedias de gran espectáculo; eterno peldaño de escalera, y suscriptor obligado de una porción de cosas importantes..... para otros.

Ya he perdido la cuenta de los manifiestos que he firmado, de los entusiasmos indescriptibles que he sentido, de los discursos que he aplaudido....., y de los sablazos que me han dado.

Precisamente por todo esto puedo asegurar que mi ciudad lineal se hará; porque si como particular no encuentro dinero bastante para ello, apelaré al último recurso, aspiraré á la categoría de personaje para poder girar contra el presupuesto de gastos del Estado el importe de la ciudad lineal.

¿Qué es preciso para esto, no teniendo méritos propios indiscutibles, que yo no tengo, y no habiendo seguido con aprovechamiento la carrera de sobrino, de yerno ó de cuñado?

Audacia para hablar de lo que no se sabe.

Audacia para ser díscolo, inquieto, perturbador y maldiciente.

Audacia, y siempre audacia, para compararse, no con los grandes hombres, sino con las medianías, que llegan á la meta con el escaso bagaje de los servicios domésticos unas veces, de discursos con muchas palabras y pocas ideas otras, y en ocasiones, tan sólo por la virtud extraña y milagrosa del uso constante del uniforme clásico de algunos políticos de importancia: una cara muy seria y un gabán de pieles.

Tampoco se me oculta que si yo hubiera demandado en debida y respetuosa forma á S. M. la Reina Regente la protección que mis planes necesitan, la hubiera obtenido tan decidida y generosa como corresponde á sus nobilísimos sentimientos; pero no lo he hecho por dos razones: porque si todos los españoles llevamos nuestras cuitas al po-

der supremo, la gobernación del Estado sería imposible, y sobre todo, porque en mi ruego iría forzosamente contenida algo así como queja ó censura al país en general, puesto que al través de los artificios de la retórica, siempre se leerían estas ó parecidas palabras: «Acudo á V. M. porque aquí no hay ciudadanos dignos de este nombre, ni capitalistas que merezcan serlo, ni patriotismo, ni previsión, ni otras muchas cosas.»

He preferido apelar á la opinión pública, solo, sin intrigas, sin valedores, sin más armas que la razón que creo que me asiste y una sinceridad completa, absoluta, á toda prueba; y tras un largo calvario de injustos y ridículos recelos, ha premiado mis esfuerzos con adhesiones valiosísimas por su importancia personal y por su número, y confiándome una suma muy grande como aliento y como esperanza, exigua como realidad financiera.

De aquí no debo pasar, so pena de cometer pecado de ingratitud y descortesía, sin rendir público testimonio de imperecedero agradecimiento hacia cuantas personas han prestado con su generoso concurso, calor y aliento de vida á mi propósito. Y, para no molestar la atención del auditorio con la lectura de más de cuatrocientos nombres, citaré tan sólo el de aquellos que con más decisión, entusiasmo, desinterés, oportunidad ó eficacia, han concertado sus esfuerzos con los míos:

D. Pascual Pérez, modesto hijo del pueblo; el primero que ha tenido en mis planes fe completa, absoluta y sin vacilaciones.

D. Emilio Rubín (q. e. p. d.), el más entusiasta y convencido de todos.

D. Luis Hernández Rubín.

Sr. Vizconde de los Asilos.

D. José Canalejas.

Sra. Marquesa de Hoyos.

D. Fermín Hernández Iglesias, mi digno presidente, y todos sus compañeros de Consejo.

D. Juan Valero.

D. José de Nájera.

Sra. Marquesa de la Torrecilla.

Sr. Conde de Romanones.

D. Andrés de Goitia.

D. Enrique Lisbona.

D. Sebastián Cirajas.

D. Eduardo y D. José Agustí.



D. Julián Massó.

D. Luis María de la Sota.

D. Isidro de Diego.

D.<sup>a</sup> Josefa Valcárcel y

D. Pablo Vidal.

Debiera hacer mención especialísima de una señora que ha tenido fe constante en mis planes; fe, que es el resorte primero y principal de toda empresa; fe, que transporta las montañas y que es algo de esa llamarada de inspiración divina en que se abrasan y consumen las esencias más puras del espíritu; pero omito su nombre por no cometer involuntaria falta de consideración y de respeto, como pudiera parecerlo, tratándose de persona alejada de las pompas mundanas y consagrada á la práctica constante de todas las virtudes.

\*  
\* \*

Aunque el escaso éxito obtenido hasta hoy debiera inspirarme negras ideas de duda y desfallecimiento, ya no me es lícito el desaliento sin ser un ingrato para los que me han honrado con su confianza.

Continuando, pues, no sin cansancio, mi labor, hoy me dirijo al Ateneo, á vosotros los capitalistas de la inteligencia, los que atesoráis los secretos de las ciencias y las artes; á vosotros los dominados por la noble avaricia del saber, á vosotros me dirijo para rogaros que prestéis atención al ruidoso batallar del mundo, y que no miréis con indiferencia ningún intento de reforma, porque un hecho aislado como el mío significa y vale bien poco en verdad; pero el conjunto de otros muchos análogos, parecidos ó semejantes, es la matriz de todos los peligros, de todas las catástrofes, de todas las grandezas y de todos los crímenes de que viene preñado el porvenir.

En un estado como el de la sociedad contemporánea, de perturbación económica, política y religiosa, no es cuerdo desoir los ayes de dolor y de ira de los débiles, de los oprimidos, de los desgraciados, de cuantos ven su mísera personalidad injustamente aplastada por la inmensa y brutal pesadumbre del número; porque en el mundo moral, como en el físico, nada se destruye y muere, todo permanece y se transforma; y así como en el carbón de piedra existen todas las energías de los rayos solares, durante mucho tiempo acumuladas, así en las lágrimas de los desventurados de todos los siglos duermen y laten extraordinarias fuerzas sociales, gérmenes de espantosas catástrofes, capaces de destruir imperios y monarquías, y estados y civilizaciones, de la propia

suerte y con igual soberana facilidad con que los fenómenos volcánicos sumergen islas, levantan continentes y arrasan ciudades enteras.

¡Sí! Una lágrima contiene algo más que las partículas materiales analizadas por nuestro sabio y malogrado amigo D. Laureano Calderón, aquel hombre generoso que calificó de indiscutible mi proyecto al ofrecerme el concurso de su palabra cuando lo creyese necesario para defenderlo; una lágrima contiene, además, en estado latente, invisible, pero real, una fuerza muy grande, una potencia explosiva incalculable, un poder intenso y misterioso, del que tienen vislumbres, nada más que vislumbres, el galán enamorado al ver llorar á la mujer amada, joven y hermosa, y el guerrero que se siente vencido y desarmado por el llanto de un niño ó de una anciana.

En resolución; estimo que la tendencia al aislamiento de cada familia en su casa, que instintivamente se dibuja con diversos aspectos en todas las grandes capitales, merece ser estimulada y apoyada por la previsión de los gobernantes, y creo que las ciudades lineales deben establecerse por las superiores y más altas razones de la caridad y del amor al prójimo, por los motivos secundarios del patriotismo, por las consideraciones importantes de la higiene, de la tranquilidad pública y del desarrollo del comercio y de la industria, y, por último, por las conveniencias egoístas y legítimas de los que, al prestar su cooperación á una obra buena, útil y bella, deseen obtener, como es natural y corriente y justo, el lucro que yo creo sinceramente que obtendrán; pero si llega el caso de tener que recordar los versos de Zorrilla, exclamando:

¡Llamé á España y no me oyó!;

si hallo impracticables todos los caminos; si veo entenebrecido el horizonte, y cerradas á mis esperanzas todas las puertas, y mudos todos los labios, insensibles todos los corazones é indiferentes todas las conciencias, declaro que no sufro con paciencia esta derrota; que ni como español, hijo de aragonés, ni por concepto alguno, me resigno al vencimiento, y que, dispuesto á luchar como siempre luchan los españoles en los trances apurados, para vencer ó para morir, todas las armas, absolutamente todas, han de parecerme buenas, y llevaré á la pelea, con mi fe, mi escasa inteligencia, mi tiempo, mi trabajo, mi hacienda y mi vida; y si perezco en la demanda, mis hijos continuarán mi obra, y sobre mi tumba podrán escribir con justicia y con razón:

«¡Aquí yace un buen español!»

Pero no lo dudéis; más pronto ó más tarde mi modesta obra será

hecha, porque las tenazas de la lógica cogen y no sueltan, y lo que no quiera la sociedad hacer hoy de buen grado por los suaves oficios de la persuasión y del convencimiento, lo hará mañana, á destiempo, por la violencia y por la fuerza, cuando algún capitán de los desesperados venga á la lucha, como vienen siempre los verdaderos revolucionarios, con una idea en la frente y con una espada en la mano, y entre á saco en la ciudad moderna, podrida y apestada por dentro y por fuera, destruyendo sin piedad, con el hierro y por el fuego, los errores, las mentiras, y los vicios y las impurezas de que la ciudad moderna está hecha, y diciendo á las gentes que le sigan hambrientas y sedientas de justicia y de verdad, lo que el Condestable de Borbón, antes del saco de Roma, dijo á la soldadesca embravecida al llegar á la colina desde la cual se divisaba la ciudad eterna, la Roma de sus apetitos:

«¡Ahí la tenéis!»

---





